

## *La crítica literaria en el siglo XIX: Antonio Alcalá Galiano (1789-1865)*

Raquel SÁNCHEZ GARCÍA

### RESUMEN

Antonio Alcalá Galiano es conocido como uno de los políticos más destacados de la primera mitad del siglo XIX. Liberal y masón en su juventud, pasó posteriormente a formar parte del partido moderado. Pero su vida presenta otra faceta no menos importante que la política. Alcalá Galiano fue uno de los críticos literarios más escuchados en su tiempo. Su afición a la literatura comenzó en la infancia y acabó convirtiéndose en una pasión: fue un experto no sólo en los autores españoles, sino también gran conocedor de las literaturas europeas. Introdujo en España las primeras observaciones acerca del romanticismo y del clasicismo, y de la teoría de la novela, realizó una interesante valoración de la evolución de la literatura española y analizó las obras de sus contemporáneos, entre los que habría que mencionar al Duque de Rivas, su más cercano amigo. Toda esta reflexión se plasmó en multitud de artículos en revistas y conferencias como las que dictó en el Ateneo de Madrid, que llevaron el título de «Historia de las literaturas española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII» (Madrid 1845).

**Palabras clave:** Ateneo, Clasicismo, Crítica literaria, Lengua castellana, Liberalismo, Literatura, Historia de la literatura, Oratoria, Romanticismo.

### ABSTRACT

Antonio Alcalá Galiano is known as one of the most important politics in the first half of XIX century. Liberal and freemason when he was young, later he was a member of the conservative party. Literature was the other face in his life. Alcalá Galiano was a very outstanding critic in his time. He was found of literature in his childhood and this hobby became a passion: he was an expert in Spanish authors and European literature. He introduced into the Spanish literary world the controversy about clasicism and romanticism and about theory of novel, he did an interesting valuation of Spanish literature and he analyzed his contemporaries' works, especially Duque de Rivas' plays, his

closest friend. His ideas were written in a lot of articles and listened in lectures in the Ateneo of Madrid: «History of Spanish, French, English and Italian literatures in the XVIIIth century» (Madrid 1845).

**Key words:** Ateneo, Clasicism, Criticism, History of Literature, Liberalism, Literature, Oratory, Romanticism, Spanish.

Para su desgracia, don Antonio Alcalá Galiano ha pasado a la posteridad como uno de los mayores renegados de la historia española del siglo XIX. De ser el héroe de los estrados de café y el centro de las tertulias radicales, quedó a los ojos decimonónicos como el moderado del Ateneo de Madrid, el ministro de Narváez, el apóstata, como le calificó Galdós<sup>1</sup>. Pero ha sido precisamente Galdós quien más ha contribuido a difundir esa primera imagen de tribuno popular, de demagogo conductor de las masas. Casi todos hemos tenido conocimiento del personaje por medio de *La Fontana de Oro*, la novela que nos acercó al apasionante mundo del Trienio Liberal, con su emoción política y su radical vitalidad. En ella, Alcalá Galiano aparece como un impetuoso joven en cuya «fisonomía había una clara expresión de noble atrevimiento, y en su mirada, profunda, la penetración y el fuego de los imperios de la antigua raza»<sup>2</sup>. Pero si bien nuestro hombre tenía algo de este personaje, como todos los retratos, es incapaz de encerrar la complejidad de un carácter, la profundidad de uno de los talentos más brillantes del siglo XIX español.

Don Antonio Alcalá Galiano (1789-1865) nació en Cádiz en el seno de una familia de funcionarios y militares dedicados al servicio de la Corona. Su padre fue el famoso marino Dionisio Alcalá Galiano, miembro de la expedición de Malaspina. La muerte de don Dionisio en la batalla de Trafalgar (1805), hizo recaer la educación del niño Antonio en sus tíos Vicente y Antonio. El primero había sido profesor de matemáticas en la Escuela de Artillería de Segovia, y después, en 1810, se vinculó a la Junta Suprema. Procuró inculcar en su sobrino, con quien le enfrentaron diferencias generacionales, un interés creciente por la entonces novedosa economía política, dándole a conocer las obras de Adam Smith y David Ricardo, entre otros. Su tocayo don Antonio se había dedicado a las materias jurídicas desde la juventud y, aunque su personalidad era menos marcada que la de don Vicente, logró también influir en la formación del sobrino huérfano. La afición de nuestro protagonista por la política le llevó, por

---

<sup>1</sup> Benito Pérez Galdós: *Recuerdos y memorias* (Madrid: Tebas, 1974), p. 35. Curiosamente, Pérez Galdós llegó a ser amigo íntimo del nieto de nuestro protagonista, José Alcalá Galiano Fernández de las Peñas. Con él mantuvo una nutrida correspondencia que se encuentra en la actualidad en la Casa-Museo de Galdós en Las Palmas de Gran Canaria y que fue parcialmente publicada por Pedro Ortiz Armengol: *De cómo llegó a Inglaterra, y a quién, y adónde el primer ejemplar de «Fortunata y Jacinta» enviado por su autor* (Londres: edición propia, 1981).

<sup>2</sup> B. Pérez Galdós: *La Fontana de Oro* (Madrid: Alianza Editorial, 1985), p. 27.

tanto, desde muy joven al conocimiento de las materias jurídicas y económicas, a las que se dedicó con gran interés, aunque de forma totalmente autodidacta. Alcalá Galiano jamás fue a la escuela, y mucho menos a la universidad. Su enorme cultura fue producto de su ilustrado entorno familiar, de su voracidad lectora y su gran inteligencia. En sus obras autobiográficas, sobre todo en los *Recuerdos de un anciano* y en las *Memorias*, Alcalá Galiano relataba con detenimiento las características de su círculo familiar y la influencia que tuvo en su educación. Dotado de una prodigiosa memoria y de un don especial para las lenguas, muy pronto pudo tener acceso tanto a las publicaciones como a las literaturas extranjeras.

Participó activamente en la preparación del pronunciamiento del futuro general Riego (1820) y en las enconadas luchas políticas del turbulento segundo periodo liberal (1820-1823). Implicado en los intentos de inhabilitación de Fernando VII, su cabeza fue puesta a precio y se vio obligado a salir para el exilio londinense en 1823. En la capital inglesa residió hasta 1830, momento en que, engolosinado por la revolución que acababa de estallar en Francia, creyó ver la oportunidad de acabar con el despotismo de Fernando VII. Sin embargo, no sería hasta 1834 cuando Galiano podría pisar de nuevo tierra española. Pero el Galiano que regresaba del exilio no era el joven de 1823. La desilusión y el escepticismo habían hecho mella en él de forma irremediable. Si nunca había habido en su persona más radicalismo que el de la palabra, en los años que siguieron a este primer exilio, hasta la elocuencia se volvió más calmada. Muy influido por el sistema de gobierno británico, Alcalá Galiano trató de adaptarlo a nuestro suelo (como se desprende de las *Leciones de derecho político* que dictó en el Ateneo de Madrid entre 1838 y 1843) y se fue acercando poco a poco al conservadurismo, aunque jamás llegó a poder identificarse plenamente con esta forma de pensamiento, pues su amplitud de miras y su independencia de criterio se lo impedían. Nuevos exilios, decepciones personales y fracasos políticos amargaron sus últimos años, aunque nunca llegó a perder totalmente el espíritu irónico y la curiosidad intelectual que le caracterizaron.

La pasión política dominó la vida de Alcalá Galiano, ciertamente, pero la literatura constituyó el punto de referencia al que regresar, la afición íntima a la que jamás renunció. No fue un buen literato: sus producciones son escasas y no pasan de medianas. Poesías a distintas señoritas de la buena sociedad en su juventud, odas políticas... Son lo menos destacable. Sus lamentos de exiliado o la profunda tristeza de las composiciones dedicadas a su hijo muerto revelan una hondura emocional muy íntima, pero la expresión formal resulta un tanto convencional. Más interés tienen algunos romances satíricos compuestos en la tertulia del Marqués de Molins en 1857, aunque no tanto por su valor literario como por ser el reflejo socarrón de la sociedad isabelina. Rezuman ironía los versos de «El turrón», sátira de la 'empleomanía' que dominó el siglo anterior y de las consecuencias que en la administración provocaba cada cambio que en

el gobierno se producía<sup>3</sup>. También en la casa del Marqués de Molins participó nuestro Galiano en la composición de la colección de poesías que, con motivo de la guerra en África, se iba a regalar a la reina Isabel y a su marido Francisco de Paula. La recopilación apareció con el título de *Romancero de la Guerra de África* (1860)<sup>4</sup>.

Consciente de sus limitaciones en el terreno de la creación, Alcalá Galiano aplicó su talento analítico a facetas en las que, desde luego, iba a brillar con luz propia. Su gran cultura, la formación ecléctica que poseía y el dominio de las lenguas europeas más importantes (salvo el alemán) le conducían irremisiblemente hacia la crítica y la historia de la disciplina literaria.

## EN EL CAMINO HACIA EL ROMANTICISMO

En la primera etapa de su vida, Alcalá Galiano y sus amigos gaditanos se acercaron a la literatura con la pasión que no les era permitida para la política. Tras unos primeros intentos, en los que formó con José Joaquín de Mora y el joven Conde de Casas Rojas una Academia de Buenas Letras (en la que los mismos fundadores eran jueces y concursantes), los vuelos literarios de nuestro autor alcanzaron más lejanos horizontes. El cónsul alemán en Cádiz, Böhl de Faber, había publicado un artículo titulado «Reflexiones de Schlegel sobre el teatro» (*El Mercurio Gaditano*, septiembre de 1814) en el que trataba de dar a conocer las ideas del filósofo y de aplicarlas a la literatura española. Por todo lo que de conservador y católico tenía Böhl, la incipiente polémica literaria que provocó su artículo dio paso en manos de unos atrevidos Mora y Galiano, a un enfrentamiento político. Böhl estaba prendado de la imagen de una España imperial en la que creía ver juntas tanto las glorias militares como las literarias, y buscó por todos los medios difundir sus ideas publicando folletos y artículos acerca de estas cuestiones. Por su parte, Alcalá Galiano y José Joaquín de Mora se lanzaron al ataque con la prepotencia que da la juventud, y convirtieron a Böhl en objeto de sus más satíricas invectivas: «Pero diz que dicen que el

---

<sup>3</sup> En las Navidades de 1857 el Marqués de Molins acogió en su casa a sus amigos para confeccionar *El Belén*, periódico que se vendería para ayudar a los pobres. Allí se publicaron estas poesías satíricas. Los manuscritos se encuentran en la Real Academia Española de la Lengua (ms. 343).

<sup>4</sup> La parte de Alcalá se halla en las pp. 83-88 y se ocupó del fragmento siguiente: «Pasa Echagüe el Estrecho el día de la Reina. Ocupa el serrallo y se fortifica. Las Cábilas caen sobre él en inmenso número y aislado por el temporal no puede ser socorrido por el grueso del ejército que se impacienta en la orilla opuesta. Rechaza a las Cábilas y es herido» (Real Academia Española de la Lengua, ms. 287; Biblioteca del Palacio Real, II/3939). Las poesías más personales de Alcalá fueron publicadas por su hijo al final del segundo volumen de las *Memorias* (Madrid: Imprenta de E. Rubiños, 1886). Esta faceta de su tarea como escritor ha sido analizada por Carlos García Barrón en su libro *La obra crítica y literaria de Alcalá Galiano* (Madrid: Gredos, 1970). García Barrón se dedica a analizar con profundidad la figura de nuestro protagonista como hombre de transición entre el clasicismo y el romanticismo.

primer campeón literario que ha salido a romper lanzas contra V.M., que este estupendo crítico, blasón del Diario (Mercantil), no es español ni cosa que lo parezca, sino un alemán hecho y derecho, y por cierto natural o vecino de una ciudad hanseática, no menos afamada por su amor a las letras que lo es nuestro Cádiz. Pues, señor, yo no lo creo. Ello es verdad que su estilo, si bien generalmente castizo, de cuando en cuando echa unos tufos de no ser su autor cristiano viejo, esto es, castellano rancio: v. gr. aquello de la característica, que tengo para mí que el buen Don Pedro Calderón de la Barca si resucitara se haría cruces al verse elogiado por una cosa para él no conocida»<sup>5</sup>. Prejuicios elitistas acerca de los posibles conocimientos literarios de un comerciante, como era Böhl, se unen aquí a repulsión por todo lo que olera a vieja España. Las mismas burlas se repitieron cuando se representó en Cádiz una obra de Calderón para los extranjeros y cuando Alcalá dio a la imprenta el folleto *Los mismos contra los propios o respuestas al Pasatiempo Crítico*<sup>6</sup>. Años después Galiano, curado de radicalismos, reivindicaría no sólo la figura sino también las ideas del que en su tiempo llegó a llamar «el criticastro»<sup>7</sup>.

El rechazo de lo autóctono tuvo, en tantos jóvenes de su generación, un marcado carácter de rebeldía ante sus mayores y ante la estrechez de miras de la sociedad y el gobierno que se padecían en España. Sin embargo, las opiniones de Alcalá conocieron con el tiempo una evolución que si bien no se iban a traducir en una defensa acérrima de la poesía nacional, sí adoptaron una posición más ecuánime, más relativizadora del valor de lo propio y del valor de las influencias foráneas. Como se dijo con anterioridad, Galiano ya desde su juventud era un gran conocedor de las literaturas extranjeras, pero fue en el exilio donde pudo profundizar en ese conocimiento, teniendo además la oportunidad de comprobar *in situ* cómo se incardinan formas de ser y formas de expresarse. Durante su estancia en Londres, Alcalá reflexionó mucho acerca de España y su carácter específico, en lo político y en lo literario. Como dijera Ortega, hay que salir de España para empezar a conocerla. Los artículos sobre temas literarios allí publicados son buena prueba de esta reflexión, y a la vez muestra de cómo nuestro autor pudo ir contrastando el temple de la literatura inglesa con la evolución de la española, gran parte de cuyos artífices eran compañeros de destierro. Para la *Westminster Review* escribió varias reseñas de obras de Valentín Llanos y Telesforo de Trueba<sup>8</sup>. El impacto que en los escritores españoles tuvieron las novelas históricas de Walter Scott fue impresionante. Aun así, no sólo a Scott hay que atribuir tal influencia. El clima de la época parecía demandar un retorno al pasado, una búsqueda de sentimientos más puros, por un

<sup>5</sup> «Artículo remitido por Antonio Alcalá Galiano», *Crónica científica y literaria*, vol. 2, n.º 137, (21-VII-1818).

<sup>6</sup> Este escrito ha sido publicado por Guillermo Carnero: «Une contribution à l'histoire des idées esthétiques dans l'Espagne du début du XIX ème siècle: un texte inconnue d'Antonio Alcalá Galiano», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo XVI (1980), pp. 291-308.

<sup>7</sup> A. Alcalá Galiano: *Literatura española del siglo XIX* (Madrid: Alianza Editorial, 1969), p. 114.

lado; y una evasión, por otro. No hay que olvidar, en este sentido, que los inicios de la época industrial habían provocado, en las mentalidades de los hombres de la primera mitad del siglo XIX, una reacción muy considerable. Esto resulta particularmente notable en Gran Bretaña, pues fue allí donde comenzaron a producirse las transformaciones fabriles. La invasión de la naturaleza por fábricas y máquinas, la deshumanización de las relaciones de producción, o el logro de dinero como valor supremo, dieron lugar a resistencias que se manifestaron tanto en el terreno de la literatura y el arte (un retorno a la naturaleza y a lo fantástico en William Blake, al héroe en Byron y Shelley) como en la política (aparición de las utopías comunitaristas de William Godwin). Los escritores españoles, sabedores del rico patrimonio heroico que guardaba nuestra historia, y fascinados por ese mundo de maravilla intemporal, proyectaron sus anhelos en profusos ensayos literarios de carácter más o menos histórico. Sin embargo, la frialdad que desprendían la mayor parte de ellos no se escapaba a la fina apreciación de nuestro Alcalá, quien por otra parte, no dejaba de ver en ese manantial una tenue manifestación de lo que la literatura española tuvo de propio en el pasado.

Junto a los artículos para la *Westminster Review*, y encontrándose en Francia<sup>9</sup>, Alcalá escribió una serie de textos que resultan fundamentales para calibrar el profundo cambio que dio en estos años su sensibilidad literaria. La revista *The Athenaeum* había comenzado a publicarse en 1828 en Londres. Sus inicios no fueron fáciles, pues la competencia de las prestigiosas *Quarterley Review* y *Edinburgh Review* dejaban poco espacio para nuevas tentativas. Sin embargo, la llegada a la redacción de Charles W. Dilke dio un vuelco al precario desenvolvimiento de *The Athenaeum* en el mundo editorial inglés. Dilke poseía no sólo una gran habilidad para conseguir recursos económicos, sino un avezado ojo para captar las demandas culturales de la sociedad, lo que a la larga iba a convertir a *The Athenaeum* en la revista literaria por excelencia de la época victoriana<sup>10</sup>. Ante el interés despertado en el público lector por las literaturas europeas, y a instancias de Frederick Maurice, *The Athenaeum* comenzó la publicación de varias series de artículos que analizaban con detenimiento la evolución y el estado presente de las literaturas nacionales<sup>11</sup>. Las profundas

<sup>8</sup> A. Alcalá Galiano: «Spanish novels» (Reseña de *Don Esteban* de Valentín Llanos), *Westminster Review*, (VI-1826), pp. 278-303; «Spanish novels» (Reseña de *Gómez Arias* y *The Castilian* de Telesforo de Trueba), *Westminster Review*, t. X, (1828-1829), pp. 149-169.

<sup>9</sup> Alcalá Galiano permaneció en Londres hasta el estallido de la revolución francesa de 1830, año en que marchó a París, pensando, muy equivocadamente, que había llegado el momento de poner fin al despotismo en España, si los liberales conseguían ser ayudados por el nuevo gobierno de Luis Felipe de Orleans.

<sup>10</sup> Sobre estas cuestiones, Leslie A. Marchand: *The Athenaeum: a mirror of Victorian culture* (Chapel Hill: University of North Caroline Press, 1941).

<sup>11</sup> Maurice había sido el director de la *London Literary Chronicle*, que se había fundido a *The Athenaeum* en 1828. Anteriormente había colaborado en la *Westminster Review* (Frederick Maurice: *The life of Frederick Denison Maurice chiefly told in his own letters*, Londres: Macmillan and Co., 1884, vol. 1, p. 85).

transformaciones a que había dado lugar el romanticismo, en lo que a sensibilidad y temática se refiere, habían ahondado esta preocupación. Cada serie, correspondiente a un país, se iba a encargar a un experto en la materia. Dado el renombre que Alcalá había alcanzado entre un sector de la intelectualidad inglesa, sobre todo tras su nombramiento como profesor de español en la Universidad de Londres en 1828 (puesto que rechazó en 1830 para marchar a la Francia revolucionaria), él fue el elegido para la redacción de la serie correspondiente a España. Escritos en Tours durante 1833 y publicados en 1834<sup>12</sup>, los ensayos para *The Athenaeum* apuntan ya de forma clara las ideas literarias de nuestro protagonista, ideas que comentaremos a propósito del texto en el que más claramente quedaron expuestas, escrito en 1834: el prólogo a *El moro expósito*, del duque de Rivas. Por otra parte, y según los expertos, estos artículos de Alcalá constituyen uno de los primeros intentos de hacer «historia de la literatura española». Fueron escritos de memoria, pues obviamente, en el exilio de Tours, disponía Galiano de pocos medios para documentarse. Contienen errores (entre los que destaca la poca atención prestada a los emigrados en Francia), pero son también, como señala Llorens en el prefacio a la traducción española, una fuente de información sobre autores que actualmente nos son muy poco conocidos, e incluso de algunos apenas se tienen más noticias que las que aporta Alcalá Galiano.

El famoso prólogo a *El moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo XI* contiene las principales consideraciones de Galiano en lo que a la literatura se refiere. Sus ideas no harán con el tiempo más que consolidarse y profundizarse, pero casi no se apartará de lo sostenido en la antesala de la obra del Duque de Rivas. Su estrecha relación con Angel Saavedra le permitió captar de primera mano ese cambio en la sensibilidad y en la expresión del que hablábamos antes. Ambos se conocían desde la juventud, compartieron en Andalucía aventuras amorosas, políticas y literarias, así como escaños en las Cortes del Trienio Liberal. Pero lo que más les acercaba (pese a pertenecer don Angel a una de las más renombradas casas nobles españolas y Alcalá a lo que podríamos denominar clase funcional) era un similar talante que unía un poco de arrojo en lo político y un mucho de humor e ironía en la vida<sup>13</sup>. La amistad de estos dos peculiares personajes decimonónicos perduraría con el tiempo y los avatares de nuestra sufrida España, constituyendo uno de los más agradables ejemplos a seguir frente al violento clima de enfrentamiento existente durante el siglo XIX. Volvamos, sin embargo, al mundo de la literatura. El prólogo citado contiene en

<sup>12</sup> «Literature of the nineteenth century. Spain», *The Athenaeum*, n.º 338, pp. 290-295 (19-IV-1834); n.º 340, pp. 329-333 (3-V-1834); n.º 342, pp. 370-374 (17-V-1834); n.º 344, pp. 411-414 (31-V-1834); y n.º 346, pp. 450-454 (14-VI-1834). En 1969 Vicente Llorens las tradujo y publicó con el título de *Literatura española del siglo XIX*.

<sup>13</sup> Angel Saavedra también conoció el exilio, y aunque tal vez con menos problemas económicos que Alcalá Galiano, su estancia en el extranjero no fue sencilla. A su regreso a España en 1834 entró en posesión del título familiar y se convirtió en grande de España.

si mismo una reflexión acerca de la literatura europea, profundas meditaciones sobre la decadencia de la poesía española y una propuesta optimista para recuperar el terreno perdido. Frente al tradicional dualismo entre lo romántico y lo clásico (en el que él también había participado), Alcalá nos propone otra interpretación. Lo clásico o lo romántico no son escuelas por sí mismas, son formas de entender el mundo, y por tanto, maneras de expresarse:

...que hay más de un manantial, más de un modelo de perfección, a lo menos, que para caminar hacia la perfección literaria, hay caminos diferentes, y cada cual debe seguir el que mejor se adapte a su situación y circunstancia<sup>14</sup>.

Con esto quería decir Galiano dos cosas. Por un lado, que literatura y sociedad están íntimamente unidas, que la primera se alimenta de la segunda, la cual es a su vez lo tradicional y lo contemporáneo, lo nacional y lo foráneo. Por otro lado, de aquí se deriva, obviamente, un profundo desprecio hacia la existencia de un modelo único, un esquema que seguir, unas reglas que imitar. Ése ha sido, señala Alcalá, el sentido habitual de lo clásico: lo clásico como lo reglamentado. Pero, apunta, las literaturas auténticamente clásicas son la griega y la romana (y sobre todo la griega, por cuanto es más antigua, y por tanto, más «originaria»). Clásicas en el sentido de que responden a su propia forma, a sus propias referencias mitológicas e históricas. Todo lo que ha pretendido ser como ellas, no responde más que a un intento de imitación. El llamado clasicismo moderno (francés) no ha tomado más que las formas externas de la literatura clásica, y no el fondo, pues no responde (por tratarse de otra sociedad) a sus inquietudes. Así, define el clasicismo francés al hablar de Pope (al que tilda de clásico francés, pese a su origen británico):

...agudo, ingenioso, correcto y elegante, terso en su versificación, pulido en su estilo, observador y pintor de la sociedad y de las costumbres más que de los afectos fuertes, vivos y profundos; en una palabra, fue clásico francés, mas tan distante del verdadero gusto clásico de la antigüedad, que cabalmente su traducción de Homero, tan célebre en su tiempo, y aun ahora no poco admirada, es la copia más infiel que darse pueda...<sup>15</sup>.

Años después, continuaría Alcalá insistiendo en estas cuestiones al ver en la estética literaria un elemento variable en función de épocas y países: «En sentir de quien escribe estos renglones, dos cosas son ciertas; que la escuela clásica es la única que debe ser seguida por críticos y autores, y que la escuela clásica no es la que pasaba por tal en España al comienzo del este siglo presente, y no lo es, sobre todo, para los españoles, porque la verdadera tiene doctrinas

<sup>14</sup> A. Alcalá Galiano: «Prólogo» a A. Saavedra: *El moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo XI*, (Madrid: Aguilar, 1960), p. 39.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 42.



propias para todos los pueblos y tiempos, y otras al revés, que tienen varias según sean las naciones o las épocas en que las doctrinas han de ser predicadas y obedecidas»<sup>16</sup>.

Desde la perspectiva que adopta Alcalá Galiano para analizar el gusto literario, el «descubrimiento» de la literatura alemana ha sido un hito fundamental: «Para buscar el origen de la escuela romántica de nuestros días, fuerza es que vayamos a Alemania. Allí nació, y de allí han sacado su pauta los modernos románticos italianos y franceses»<sup>17</sup>. Alcalá no sabía alemán, y por tanto, no pudo leer en versión original a los autores germanos, pero sí tuvo acceso a ellos por las traducciones inglesas. En este idioma pudo acercarse al *Curso de literatura dramática* de A.W. Schlegel y a algunas versiones de las obras de Kant, Goethe, Schiller e incluso Hoffman. Sin embargo, resulta sorprendente que apenas mencione nunca ni a Heine ni a Hegel, y más siendo lector asiduo de la *Revue des Deux Mondes*<sup>18</sup>. Por otra parte, ya estaba particularmente predispuesto a la nueva sensibilidad pues, como relata en sus obras autobiográficas, fue uno de los primeros lectores del famoso *De l'Allemagne* de Madame de Staël, libro que tanto influiría, pese a sus defectos, en los románticos europeos. La comprensión de la literatura alemana como nacional, y por tanto, como natural, con sus referentes propios, llevó a Galiano a decir que el «romanticismo es el verdadero clasicismo germano». La literatura inglesa, por seguir un mismo tronco, tiene también un carácter esencialmente romántico, aunque sus contactos con otras literaturas hayan sido mayores. Sin embargo, carece del fundamento teórico de la alemana. De todas estas reflexiones se desprende que tanto lo clásico como lo romántico han de responder a criterios de autenticidad, de fidelidad con las fuentes en las que se engendra el sentimiento poético, porque, a fin de cuentas, como señala Alcalá, lo literario es lo que emana del interior por propia iniciativa, es producto de las emociones y por tanto no ha de estar supeditado a reglas que lo tiranicen ni a esquemas intelectuales que lo desvirtúen. Con estas palabras nos lo define él mismo:

...sólo es poético y bueno lo que declaran los hechos de la fantasía y las emociones del ánimo. Todo cuanto hay de vago, indefinible, inexplicable en la mente del hombre; todo lo que nos conmueve, ya admirándonos, ya enterneciéndonos; lo que pinta caracteres en que vemos hermanado lo ideal con lo natural, creaciones, en fin, que no son copias, pero cuya identidad con los objetos reales y verdaderos sentimos, conocemos y confesamos; en suma, cuanto excita en nosotros recuerdos de emociones fuertes; todo ello, y no otra cosa, es la buena y castiza poesía<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> A. Alcalá Galiano: «Del estado de las doctrinas críticas en España en España en lo relativo a la composición poética», en *Revista científica y literaria*, tomo I, (1847), p. 251.

<sup>17</sup> A. Alcalá Galiano: «Prólogo» a A. Saavedra, p. 23.

<sup>18</sup> Hans Juretschke: «El problema de los orígenes del romanticismo español», en *Historia de España, t. XXXV: la época del romanticismo (1808-1874). Orígenes. Religión. Filosofía. Ciencia* (Madrid: Espasa Calpe, 1989), p. 115.

<sup>19</sup> A. Alcalá Galiano: «Prólogo» a A. Saavedra, pp. 25-26.

Partiendo de estas premisas, Alcalá se decide a analizar la literatura española convencido de que hay en ella mucho de erróneo, pero también manteniendo la certeza de que se poseen los fundamentos para hacerla resurgir de su letargo imitador. Desde finales del siglo XVII, la literatura española, y sobre todo la poesía, ha permanecido aherrojada «con los grillos del clasicismo francés», convirtiéndose en una copia de la copia del clasicismo. Tal agresión al sentir natural, espontáneo, de la emoción poética nacional, ha forzado el idioma, las formas de expresión y los temas propios, dando lugar a una literatura carente de interés en tanto que no puede despertar entre los contemporáneos la menor afinidad, ni estos pueden identificarse con lo que en ella se dice porque no expresa nada. La falta de espontaneidad y de originalidad recluyó a la literatura española a un ámbito de irrealidad que la hacía extraña en su propia tierra. Como escribiría después: «Ninguna obra de las publicadas en aquellos días pudo abrir campo donde se manifestase extraordinaria grandeza o novedad de pensamientos, y por consiguiente donde pudiesen acreditarse singulares prendas de estilo»<sup>20</sup>. Una cierta transformación comenzó a plantearse con Meléndez Valdés de quien dice Alcalá que fue el «restaurador de nuestra poesía». Sin considerarlo un literato de primera fila, apreció en él la capacidad para saber fundir lo nacional y lo foráneo, sentando las bases de la nueva poesía, y marcando el camino para la recuperación de la riqueza contenida en la tradición del romancero español<sup>21</sup>. Ahí está la clave, dice Galiano, del retorno a lo natural de la literatura española en cuanto a formas de expresión adaptadas al fluir de nuestro idioma y en cuanto a temas propios de la historia y de la tradición nacionales. Años después, llevado por este interés, Alcalá Galiano publicaría en español, con una introducción crítica, el *Romancero* de Depping. No quería esto decir que estuviera proponiendo un retorno a lo popular, sino que trató de señalar que hay que buscar ahí el sentimiento, la materia de la emoción para hacerla aparecer en formas cuya aparente espontaneidad no oculte el trabajo de la expresión<sup>22</sup>.

## VALORACIÓN DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Numerosos son los escritos que Alcalá Galiano dedicó a la literatura española. Como ya se ha dicho, su profundo conocimiento de la misma, le convirtió en su tiempo en un auténtico experto en la materia. Su preocupación por la expresión natural del idioma, le llevó a otorgar un gran valor al romancero tradi-

<sup>20</sup> A. Alcalá Galiano: *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII* (Madrid: Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, 1845), p. 233.

<sup>21</sup> A. Alcalá Galiano: «Juicio crítico de Meléndez Valdés», *El Laberinto*, 1844, pp. 29-30; *Literatura española del siglo XIX*, pp. 72-73.

<sup>22</sup> A. Alcalá Galiano: *Contestación al discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor Juan Valera el día 16 de marzo de 1862* (Madrid: Imprenta de Manuel Galiano, 1862), p. 47.

cional, como vehículo idóneo del castellano. El interés que el romancero español había despertado en muchos intelectuales europeos se había visto incrementado por la publicación de la colección realizada por George Bernard Depping, cuyo título era *Sammlung der besten alten Spanischen Historischen, Ritter und Maurischen Romanzen geordnet und mit Anmerkungen und einer Einleitung versehen* (Leipzig, 1817). Muy pronto, en 1825, apareció la primera edición española en Londres, hecha por un refugiado anónimo; sin embargo, sería la reedición de Alcalá Galiano la que más conocida haría la recopilación en nuestro país: *Romancero castellano, o Colección de antiguos romances populares de los españoles, publicada con una introducción y notas por G. B. Depping*, que vio la luz en 1844<sup>23</sup>. La labor de Galiano en esta publicación fue la de comentar las afirmaciones de Depping acerca de la literatura española, moderando las veleidades pintorescas que solían escaparse de las plumas de los extranjeros cuando hablaban de nuestro país. Asimismo, mantuvo gran cuidado con la utilización del lenguaje, preocupado por la pureza del mismo. En definitiva, puede decirse que el romancero representaba para él lo popular (cuando lo popular era lo natural, y no, como en la actualidad, lo vulgar).

La literatura posterior, con evidentes componentes de originalidad, comenzó, señala Alcalá, a degenerar a la misma vez que lo hacía la sociedad española, pues «es gravísimo error creer que el gusto literario no tiene que ver con el estado de la sociedad en que reina». La España de los Austrias había cercenado, con su intolerancia, la libre circulación de las ideas:

Con lo cual, y con estudiar el carácter nacional, habrá entendido la esencia y causa del culteranismo; porque éste consiste en la hinchazón y sutileza de conceptos, y por lo mismo es defecto natural de una gente, de suyo ingeniosa y dotada de viva fantasía, a la que estaba vedado adquirir ideas nuevas, y hasta dedicarse a sólidas meditaciones; a quien el poder crecido de sus reyes daba vanidad, mas no felicidad y verdadera grandeza; y para la cual no eran el gobierno, las leyes y la religión materia de examen libre y de atrevida controversia, sino objetos de resignación violenta, de obediencia precisa y de resignación medrosa. En tal estado, forzoso era que se entretuviese en refinar pensamientos triviales y en abultar ideas comunes, malgastando (como dijo un crítico de nuestros días, al hablar de uno de nuestros mejores poetas de aquella época) sus grandes fuerzas naturales en juegos y saltos de volantines<sup>24</sup>.

Mientras que, por un lado, en el llamado Siglo de Oro la literatura española alcanza las más altas cotas de espontaneidad, también comienza su proceso de corrupción con el amaneramiento y la copia (ya en el siglo XVIII) de las formas del clasicismo francés.

<sup>23</sup> Acerca de la posibilidad de que el autor anónimo de la edición de 1825 fuera Alcalá Galiano: E. Allison Peers se pronunció negativamente (*Historia del movimiento romántico español*, Madrid: Gredos, 1973, vol. I, pp. 131-132).

<sup>24</sup> A. Alcalá Galiano: «Prólogo», a A. Saavedra, p. 32.

De esta manera, Alcalá Galiano se va aproximando a la literatura de su época. Ya hemos visto anteriormente cómo analizó la polémica entre el clasicismo y el romanticismo. La revolución que para la literatura supuso el romanticismo ha sido trascendental, pero también es cierto que, desde su perspectiva, se ha tratado principalmente de una reacción frente a la rigidez del clasicismo francés (de ahí que calificase a los románticos franceses como «anticlásicos»). La idea romántica entró en España con la influencia de Victor Hugo<sup>25</sup>, por lo que no puede decirse que lo que el romanticismo pudiera tener de auténtico haya nacido de la esencia de la literatura española, pese a que una y otra vez nuestro autor reclamara esa vuelta al propio manantial cultural<sup>26</sup>. De este modo, «son, pues, los dramas actuales españoles franceses en la figura; hablando castellano anticuado muy salpicado de galicismos».

Cuando se propuso juzgar a sus contemporáneos, Alcalá era consciente de que se enfrentaba a una tarea en la que consideraciones ajenas a la literatura entraban en juego. La mayor parte de los autores de su tiempo se movían en su círculo de amistades o conocidos pero, según afirma, es necesario que la crítica sepa aislarse de tales afectos y llegue más lejos en sus afirmaciones que el encomio desmesurado o el desprecio más absoluto: «Nace esta opinión, que en otros prevemos, del estado de la crítica en nuestra península, donde apenas se conoce otra cosa que elogio exagerado y generalmente vago, o la censura acre y violenta...»<sup>27</sup>. Alargaría en exceso estas páginas detenernos en el análisis de cada autor, pues Galiano dedicó muchos artículos en revistas y periódicos a las materias literarias, por lo que tal vez resulte de mayor interés centrarnos en la situación de la literatura española con el impacto del romanticismo<sup>28</sup>. En 1862, Alcalá Galiano publicó un artículo titulado «De la influencia de Lord Byron en la literatura contemporánea» en el que, tomando como pretexto la traducción que su nieto había realizado del *Manfredo*, se lanzaba al estudio de la impresión que el autor de *Childe Harold* había causado en el mundo literario, y en particular entre los autores españoles<sup>29</sup>. Desde el punto de vista de Alcalá, Byron venía a representar la más brutal reacción contra el clasicismo pues, si bien en

<sup>25</sup> A. Alcalá Galiano: «Prólogo» a J. Valera: *Poesías* (Madrid: Imprenta Rivadeneyra, 1858), p. VII.

<sup>26</sup> A. Alcalá Galiano: «Del estado de las doctrinas críticas en España en lo relativo a la composición poética», en *Revista científica y literaria*, tomo I, (1847), p. 254.

<sup>27</sup> A. Alcalá Galiano: «Juicio crítico sobre el poeta cómico D. Leandro Fernández de Moratín», en *Revista Peninsular*, vol. I, n.º XII (1855), p. 541.

<sup>28</sup> Junto a los ya citados, señalamos a continuación algunos de los más destacados artículos publicados por nuestro autor sobre temas literarios: «Cienfuegos», *El Laberinto*, (1844), pp. 99-100; «Juicio crítico de don Juan Bautista Arriaza», *El Laberinto*, (1844), pp. 169-170; «De la escuela formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado. I.», *Crónica de Ambos Mundos*, tomo I, (1860), pp. 265-268; «De la escuela formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado. II.», en *Crónica de Ambos Mundos*, tomo I, (1860) pp. 271-283.

<sup>29</sup> A. Alcalá Galiano: «De la influencia de Lord Byron en la literatura contemporánea», *La América*, tomo V, n.º 24, (24-II-1862), pp. 10-12.

su obra poco había realmente novedoso, eran su persona y su talante irreverente los que reunían en sí la esencia más extremada del romanticismo. Asimismo, y de la mano de Byron, «...vinieron a la general noticia de los pueblos neolatinos poetas de otras escuelas que las antes por ellos veneradas...». De este modo, el camino abierto por la literatura alemana, en lo que a la subjetividad poética se refiere, ampliaba sus horizontes con la imagen del poeta maldito cuyo amor a lo griego no le impidió combinarlo con la atormentada sensibilidad moderna. La acogida de Byron en España alcanzó un grado de pureza mayor porque había sido bebido por nuestros poetas románticos en su fuente original, el inglés, y no había pasado por el colador francés, como era frecuente en todas las influencias literarias que recibía España. De ahí, señalaba Galiano, que el reflejo respondiera con más autenticidad al original, al ser su principal vehículo de entrada José de Espronceda:

En su mayor parte, los españoles imitadores de Byron lo han sido de las copias que del mismo modelo sacó, y dio a la luz Espronceda. Lo que es común a todos ellos es el desabrimiento, o legítimo o afectado, donde se mezclaba lo verdaderamente sentido con lo que se fingía, o lo que, engañándose a sí propio, creían sentir, quien no pasaba de copiar dolores y tormentos ajenos, llegando en muchos lo que empezó en afectación por convertirse en realidad. Hacia 1846, todos nuestros escritores en prosa poética o semi-poética, eran llorones y maldicientes y mostraban una especie de rabia en su melancolía. Así lo pedía el uso, que en este punto era (si puede usarse tal voz) byroniano.

Alguien tan poco dado a la exageración sentimental como nuestro protagonista no dejaba de encontrar algo absurdos a estos románticos y, aunque sin llegar al extremo de la burla que Mesonero Romanos les dedicó en «El romanticismo y los románticos», Galiano prestaba poca credibilidad a tales afectaciones. Desde su punto de vista, no necesitaban los autores españoles recurrir a un dramatismo exagerado, pero tampoco se manifestó en la línea de algunas revistas de la época que, como el *No me olvides*, demandaban un romanticismo «sano y español». Para Galiano era necesario superar el estatismo del siglo anterior y buscar las fuentes en nuestra poesía dramática tradicional y en el romancero, enriquecidas con las influencias foráneas, y no al revés.

Tal vez por amistad, o quizá por sincera admiración, Alcalá Galiano valoraba especialmente la obra de Angel Saavedra, en el que veía confluír el carácter aventurero del emigrado, la sensibilidad del poeta y pintor, y la conciencia política del diputado. Era el Duque romántico en su esencia, pero también un hombre vinculado al mundo, un hombre de acción, y no un melancólico cantor de desgarros internos; español, y a la vez cosmopolita. Le dedicó un estudio en *Literatura española del siglo XIX* en el que señalaba el ambiente social y político en que se había desarrollado toda la obra del Duque de Rivas. Por supuesto, sin dejar de hacer notar sus errores, escribía Alcalá:

Los defectos de Saavedra como poeta tienen el mismo origen de sus bellezas. Su extremado dominio del lenguaje y de la versificación y la indudable facilidad con que le salen los versos, producen a veces descuido en el estilo y constante profijidad. El poeta tiene un don maravilloso para decir lo mismo una y otra vez, para revestir un solo pensamiento de hermosos y diversos ropajes; pero abusa de sus dotes<sup>30</sup>.

Sin embargo, y pese a todo, veía en Saavedra el punto de arranque para que se produjera «un cambio en el gusto literario del pueblo español». La necesidad que nuestro país tenía de un revulsivo que conmocionara su apatía es uno de los lugares comunes en sus escritos. Tanto en el terreno político como en el literario, Alcalá contemplaba la situación intelectual de la España de los treinta como un erial que cualquier novedad podía transformar: «El entendimiento público en España puede compararse con una charca estancada; la misma tormenta que altere su pesada calma, purificará también de seguro sus aguas».

## NUEVA CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA

*El Herald* del 20 de abril de 1846 comenzaba su parte literaria con el siguiente anuncio: «Ateneo de Madrid: Historia de la literatura del siglo XVIII por Don Antonio Alcalá Galiano». De este modo se hacía saber al público que las anheladas lecciones de nuestro protagonista se reanudaban, aunque en esta ocasión, había sustituido el derecho político por las letras<sup>31</sup>. Estas lecciones tuvieron casi un éxito mayor que las anteriores, pues afortunadamente, la crispación política no alcanzaba tan de lleno al mundo de las musas. Dado el interés que había despertado entre los oyentes, se publicaron ya en 1845 las del curso precedente con el título de *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*. En este grupo de disertaciones acerca de la producción estética europea de la centuria anterior, se nos presenta una concepción de la historia de la literatura particularmente atrayente, muy moderna. Incluye Alcalá Galiano muchos ingredientes en su composición, ingredientes que no son habituales entre los escritores y críticos de su generación. La combinación de lo histórico, con lo literario y con lo biográfico, son capaces de dibujar una escena de la literatura europea del siglo XVIII llena de matices en la que es fácil hallar, junto al fino buril del analista, la envolvente explicación del na-

<sup>30</sup> A. Alcalá Galiano: *Literatura española del siglo XIX*, p. 129.

<sup>31</sup> El pronunciamiento de Espartero en septiembre de 1840 provocó la huida de varios moderados entre los que se encontraba Alcalá Galiano. Con la renuncia de la reina M.<sup>a</sup> Cristina a la regencia, que pasó a manos del general, la situación se hizo insostenible en España para Galiano, por lo que marchó a Francia para dar comienzo a un nuevo exilio. En septiembre de 1843, caído Espartero, pudo regresar a España. El año siguiente, 1844, se reincorporó a sus tareas docentes en el Ateneo con sus lecciones sobre historia de la literatura.

rrador. La historia que nos presenta Galiano es historia de la literatura, pero también es historia de las mentalidades y de las ideas estéticas. Esta preocupación de nuestro autor por enmarcar al artista en su tiempo, pues tal es la pretensión del método empleado, se continuaría a lo largo del tiempo en multitud de escritos. De hecho, para comprender el espíritu del siglo (según la expresión de la época) había que utilizar cualquier medio. La misma preocupación manifestó en sus obras de carácter histórico, para las que reivindicó la utilización crítica de los mitos, tanto literarios como religiosos, con objeto de aprehender la esencia estética, si de literatura se trataba, o la clave de la mentalidad de un autor o un periodo histórico:

Pero, si los mitos merecen ser desechados en la historia de los sucesos y en el juicio de los caracteres de las personas famosas, son acreedores, por otra parte, a ser atendidos y respetados en la historia de las ideas. Al tratar de las pasadas edades, no basta saber lo que en ellas se hacía, es forzoso conocer lo que en ellas se pensaba. Personajes hay de pura invención, de los cuales nadie pretende que sean otra cosa, y cuyo influjo en los pensamientos y afectos de sus contemporáneos y sucesores no es inferior al que han tenido y tienen personas que verdaderamente han existido<sup>32</sup>.

Una de las innovaciones más importantes que incluye Alcalá en sus lecciones es la consideración de la oratoria como un género a la misma altura que los más tradicionales. Siempre había tenido un cierto aprecio, pero raras veces se había tratado como una forma de expresión interesante para un estudioso moderno de la materia. Galiano, uno de los oradores más brillantes de la España del XIX, no podía resistirse a olvidar una manifestación de la comunicación humana como era la retórica, a la cual se acerca tanto por el fondo como por la forma, es decir, la construcción de frases persuasivas y elocuentes. Desde joven se había sentido interesado en la oratoria de los parlamentarios británicos, en la manera en que estos elaboraban sus discursos, en las citas a las que recurrían, en las respuestas que era conveniente dar ante determinadas situaciones... Analizaba las arengas y las fintas de elocuencia de tories y whigs para forjar sus propias armas de combate dialéctico. Muchos han sido los cronistas que nos han dejado algunas notas sobre la capacidad de fascinación de Galiano como orador; a modo de ejemplo veamos éstas:

Galiano entraba en materia; pero ¿cómo? Cuatro frases soltadas a media voz, con la indiferencia del que murmura la oración que todos tienen en el olvido, recordaban al público la última conferencia que en la noche presente debía continuarse. También este periodo podía estar aprendido de memoria, según la sobriedad de su composición y la tersura de su discurso. Mas al paso que la materia avanzaba por los confines del resumen, la lucidez se iba haciendo transparente, el

<sup>32</sup> A. Alcalá Galiano: «De los mythos», en *La América*, vol. VI, (24-VI-1862), p. 8.

donaire bordaba las puntas del periodo, la erudición cundía como manantial que se derrama de su concha; un paréntesis amenísimo apartaba por momentos la imaginación del fondo del asunto, para más aclarar su esencia, y desde allí otro paréntesis anecdótico atraía la sonrisa del auditor refrescando su numen: nuevo paréntesis asomaba en aquel ya confuso torbellino de frases puras, de oraciones modelo de gramática, de trozos cervantinos escapados al calor de un alma de fuego, hasta el punto de que los oyentes se considerasen perdidos en el fogoso enredo del orador; pero Galiano, que sabía de memoria todos sus discursos porque sabía de memoria la ciencia, el arte, la literatura, la historia, la leyenda; griegos y latinos, ingleses y alemanes, franceses e italianos; que tenía en la memoria la ortografía de la palabra y la sintaxis de la oración, él no se había extraviado en aquel laberinto de gracias, sino que cogiendo aquí y allí flores del más bello matiz, ramas de penetrante aroma, hilos dorados de poderosa fuerza, había compuesto un ramo con magia singular a la vista del público, y lo ofrecía en aquel momento como producto fortuito de su elocuencia incomparable<sup>33</sup>.

Alcalá, a quien, según hemos visto, podríamos calificar de virtuoso de la palabra, no iba a descuidar a los que, como él, practicaban el arte de Demóstenes como un culto secreto. En su *Historia de la literatura* afirma nuestro ensayista que, aparte de los ingleses, el nacimiento de la oratoria moderna hay que ir a buscarlo a la Francia del siglo XVIII<sup>34</sup>, y en particular es necesario posar los ojos en los hombres de la Revolución para encontrar el máximo apogeo de su desarrollo. Destacando a Mirabeau como el más conspicuo tribuno, hace un repaso por las cualidades de los más brillantes demagogos de la Revolución, analizando las condiciones del surgimiento de la oratoria en tan turbulenta época, su valor subversivo, el carácter peculiar que toma la retórica en momentos extremos. Subraya Alcalá la trascendencia de la palabra como elemento de combate, su capacidad de movilización, y de esta manera, el arte se transforma en algo más, como si las palabras fuesen el detonante de futuras acciones. Si tales palabras están cargadas de un contenido sólido y la forma en que son lanzadas al público alcanzan un grado de seducción suficiente, su éxito como arma está garantizado.

Si el lenguaje hablado es centro de su preocupación, no lo es menos la expresión escrita. Galiano, conocedor de varias lenguas, fue en su tiempo uno de los mayores defensores del castellano. Consideraba el idioma como un cuerpo vivo, que nace y se desarrolla, pero que puede llegar a quedar totalmente corrompido por la sustitución de palabras y expresiones ajenas, perdiendo su carácter único. En un discurso pronunciado en la Real Academia Española de la Lengua el 29 de septiembre de 1861 se dedicó con detalle a estas cuestiones.

<sup>33</sup> José de Castro y Serrano, *Cuadros contemporáneos*, (Madrid: Imprenta de T. Fortanet, 1871), pp. 217-218.

<sup>34</sup> A. Alcalá Galiano, *Historia de la literatura*, la lección 23.<sup>a</sup> fue dedicada a hablar de la oratoria en Inglaterra. Años después publicó, sobre el mismo tema, «De la oratoria parlamentaria en Gran Bretaña», en *La América*, VI, (8-VI-1862), pp. 5-7.



Con el prolongado título de *Que el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras lejos de contribuir al deterioro de la propia, sirve para conocerla y manejarla con más acierto*, trataba de señalar la necesidad de frenar el menoscabo del castellano, no mediante un falso patriotismo que cerrase las puertas a toda influencia exterior, «sino que los arreos que revistan a los pensamientos, nuevos o viejos, no sean empréstito hecho a los extraños, sino prendas propias que sienten bien a la naturaleza antigua y perenne, y al rostro y talle del objeto del cual están destinados a ser adorno»<sup>35</sup>. Esta conferencia recogía un interés ya antiguo en Galiano, y sobre el que había escrito un artículo titulado «De algunas locuciones viciosas hoy en uso» en el que examinaba el lenguaje político, periodístico y literario de su tiempo, poniendo de manifiesto la introducción de voces y sentencias extranjeras sustituyendo las existentes sin necesidad. Las censuras de Alcalá a los escritores por su mala utilización del idioma fueron tildadas de excesivas por algunos de sus contemporáneos quienes, como Alejandro Oliván, calificando de buenas sus intenciones, veían en él extremadas rigidez e intransigencia con respecto a la entrada en el castellano de palabras foráneas<sup>36</sup>.

Otro de los aspectos que centró su atención fue la crítica, a la que quiso actualizar dándole un mayor empaque intelectual. Desde su perspectiva, la crítica nace en el siglo XVIII como reflexión acerca del quehacer literario. Sin embargo, existe una notable diferencia entre la crítica tal y como tiene su origen, y la crítica que se desarrolla en el siglo XIX. Según Galiano, la crítica del siglo XIX no es, como fue la del siglo anterior, un censura ejercida en función de las rígidas normas del clasicismo, sino que se trata de una especulación filosófica («crítica filosófica», como la denomina):

le es superior porque ha tomado el carácter de trascendental y porque abraza muchas consideraciones cuando la anterior se ceñía por lo común a las formas. Sin embargo, la novísima suele pecar de fantástica y vaga por lo mismo que no tiene medida fija a que sujetar lo que va tasando<sup>37</sup>.

De este modo, Galiano trae a colación uno de sus temas preferidos: la relación entre el fondo y la forma de las composiciones. La crítica moderna parece considerar el contenido de las creaciones literarias por encima de su forma,

<sup>35</sup> *Que el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras lejos de contribuir al deterioro de la propia sirve para conocerla y manejarla con más acierto*, discurso escrito por el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, individuo de número de la Real Academia Española de la Lengua y leído en la Junta Pública celebrada por dicha corporación el día 29 de septiembre de 1861 (Madrid: Imprenta Nacional, 1861), p. 24.

<sup>36</sup> A. Alcalá Galiano: «De algunas locuciones viciosas hoy en uso», *Revista de Europa*, (1846), pp. 257-281; Alejandro Oliván: «De algunas locuciones viciosas hoy en uso. Contestación al Sr. Alcalá Galiano», en *Revista de España, de Indias y del Extranjero*, tomo 7, (1846), pp. 163-177 y «De algunas locuciones viciosas. Conclusión», en la misma revista, tomo 7, (1846), pp. 248-278.

<sup>37</sup> A. Alcalá Galiano: *Historia de las literaturas...*, p. 466.

y esto, que era algo especialmente valorado por nuestro autor, corre el peligro de acabar en peligrosas divagaciones. Sin embargo, Alcalá sabe que ahí está la clave de la buena literatura. Las formas son importantes, desde luego, pero es en él fondo donde hay que buscar la esencia de la dedicación literaria, es en la expresión de unas emociones o en el sabor de unas evocaciones, o tal vez en el mensaje, donde se esconde la perla que ha de buscar el lector, aquello que se fijará en su alma. Sobre esta cuestión insistirá en otros escritos. El surgimiento de la crítica filosófica forma parte de la particular esencia del siglo presente: «...que el espíritu de examen propio del siglo en que vivimos, así en la literatura como en política, induce a no tener por sagradas las reglas clásicas, así como no aplaudir los desaciertos del romanticismo»<sup>38</sup>. De este modo, más que adherirse a los principios de la nueva escuela romántica, Alcalá se decanta por la libertad en el autor y por la ecuanimidad en el crítico, manteniendo ambos la independencia suficiente para hacer de la creación esa fuente de espontaneidad y originalidad que corresponde a la buena literatura. De nuevo vuelve a nosotros la ya mencionada actitud de nuestro ensayista: la defensa de distintos caminos para la búsqueda de la belleza, en función de las diversas sensibilidades y tradiciones, así, escribirá que:

...la belleza, aun tal como la concibió y expresó la clásica antigüedad, puede y debe ser buscada y hallada por más de un camino, con fuerzas, si no opuestas, distintas, y con atavíos varios, conforme a épocas y pueblos diferentes<sup>39</sup>.

De este modo, Alcalá Galiano cree haber encontrado en el siglo XIX si no la clave para hacer buena literatura, sí al menos una disposición proclive a una mayor libertad, en la que la naturalidad sea el centro de atención del escritor. Según esta perspectiva, señala los tres elementos básicos que ha de tener una composición dramática para responder a esos criterios de libertad: «sublimes creaciones de caracteres ideales», «expresar bien los afectos» y «que empeñe la atención, interesándonos en el progreso y desenlace de la acción en él representada»<sup>40</sup>. Continúa Alcalá diciendo «en cuanto a las formas de sus producciones, aunque no son indiferentes, nos parecen de muy inferior importancia»: Aquí encontramos la clave de su manera de entender la libertad literaria; pues para Alcalá los modelos, o mejor dicho, los ejemplos de construcción dramática (entiéndase aquí tanto el teatro como la novela o la poesía) son, por ejemplo, las grandes obras de Shakespeare (*Otelo*, *El Rey Lear*), de Cervantes (*Don Quijote*) o Calderón (*La vida es sueño*). En estas composiciones se unen la creación de tipos universales, el desarrollo ameno, el tratamiento de las pasiones y la espontaneidad en las formas, siendo todo ello resultado final una profunda originalidad:

<sup>38</sup> «Noticia sobre las sesiones del Ateneo de Madrid», *El Semanario Pintoresco*, I, (1839), p. 80.

<sup>39</sup> A. Alcalá Galiano: «Prólogo» a Juan Valera, p. VIII.

<sup>40</sup> A. Alcalá Galiano: «Literatura», *Revista de Madrid*, I, (1838), pp. 52-53.

...personajes de los cuales puede decirse, como de los reales y verdaderos del mundo, que no son ésta o aquella o esotra cualidad abstracta, sino criaturas con varias calidades, por lo cual viven en la imaginación de quienes las conocen por la lectura, como vive el recuerdo de personas conocidas<sup>41</sup>.

Estas páginas no han tratado de ser más que una aproximación a la obra de Antonio Alcalá Galiano. Por supuesto, el tema no queda agotado aquí. Pero si un artículo, con su limitación física, obliga a dejar de lado muchos aspectos (sus ideas acerca de la prensa y la novela —a la que dedicó varios artículos en la revista *La América*—, la relación de la literatura y la política o el análisis de sus poesías), también puede ofrecernos una perspectiva general desde la que acercarnos a un autor y crítico al que con tan poca frecuencia se recurre. Ése, y no otro, ha sido el objetivo de las reflexiones que hemos presentado.

Universidad Complutense

---

<sup>41</sup> A. Alcalá Galiano: «Juicio crítico sobre el poeta cómico Don Leandro Fernández de Moratín», *Revista Peninsular*, vol. 1, n.º XII (1855), p. 533.